

IVÁN LÓPEZ PARDO

EL REINO DEL SILENCIO



AMBIENTADA EN
SANTANDER

Editorial Fanes

AGRADECIMIENTOS

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

Día 2

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

Día 2

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

EPÍLOGO

EL REINO DEL SILENCIO

IVÁN LÓPEZ PARDO

El reino del silencio

Primera edición: noviembre, 2019

© Iván López Pardo, 2019
Ilustración de portada © Editorial Fanes, 2019
Diseño y maquetación © Editorial Fanes, 2019

© Editorial Fanes, 2019
<http://www.editorialfanes.com/>
Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la re-producción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

AGRADECIMIENTOS

A *la vida*, por demostrarme una vez más que puede ser maravillosa y cruel al mismo tiempo, pero que, bajo ningún concepto, le debe absolutamente nada a nadie.

A *toda la gente buena* que está en mi mundo en este momento. Sois muchos y me ayudáis a no perderme. ¡No sabéis cuanta suerte tengo de contar con vosotros!

A *mis padres* por, a su forma, educarme lo mejor que pudieron. Si me estáis viendo por alguna rendija, espero no defraudaros demasiado.

A *mi hermano Carlos* por ser el mejor ejemplo a seguir que pueda tener nadie. A mi cuñada Merche por ser tan buena persona y tratarme siempre como si llevara su misma sangre. A mi sobrino Charlie por demostrarme que se puede ser joven, pero tenerlos como el caballo de espartero.

A *Lucía y la pequeña María* por aparecer de refilón en mi vida y llenarla de risas, esperanzas futuras y amor a quemarropa. Habrá que seguir luchando con el cuchillo entre los dientes para llegar a esa escena de atardecer, tantas veces idealizada, dónde y cómo nosotros sabemos, Nubecilla...

A *Paula* por demostrarnos a todos que no siempre para vencer hay que hacer las cosas como dicta lo que hacen y dicen los demás mortales. Estoy profundamente orgulloso de ti, campeona.

A *todos los que he conocido por mediación de este mundillo maravilloso de libros y letras*: David Pérez, Eva Pelayo, Paula Maíllo, Laura Campo, Mari-bel Valdivia, Eva Pedraza y Alejandro Revuelta de "Fanes", Conchi Revuelta de "Plaza y Janés", Aroa de "La cultureta Cantabria", Patricia Prida de "Proyecto terror", Dolores Gallardo, Mariña Álvarez y José Carlos Rojo de "El Diario Montañés", Nacho García Álvarez de "Noche de rock". A Nano Teja de Juana de "Arco FM", Claudio Acebo, Víctor Puente Guadalupe. Y, por supuesto, a Maxi de la Peña por luchar tanto para que se descubriese la verdad.

A *la literatura* por darme la oportunidad de expandirme, explayarme y dejar ver algunas cosas de mi, que de otra forma me sería imposible.

A *todos los que, hiciera lo que hiciera, nunca me visteis de otra forma que como vosotros queráis verme...* vuestras caras de sorpresa con algunas cosas que he ido consiguiendo en este tiempo hacen que merezca la pena seguir luchando...

El total de este libro, sus personajes, sus paisajes e incluso su trama, representan la visión que el autor necesitaba desarrollar para confeccionar su progreso y no necesariamente sus opiniones personales van ligadas al mismo. Para plasmar la figura del asesino de la novela, el autor se ha inspirado en la mera leyenda popular, intentando tratarlo con el máximo respeto y ajustando ese mito en boca de las gentes de la ciudad de Santander a lo que su universo requería para finalizar la saga.

Día 1

Martes 20 de agosto de 1987

1

Santander, nueve y media de la mañana

La mano, firme y serena, ultimaba con cuidado los detalles. La escena ya estaba preparada para ese único momento de éxtasis en el que todo el esfuerzo, riesgo, preparación y meticulosidad, le habría merecido la pena.

El hombre, con semblante impertérrito perpetuo y la mirada satisfecha del que sabe que está por encima de todo, echó un último vistazo a la mujer anciana, siempre eran ancianas, a la que acababa de negar el privilegio de continuar viviendo. Como siempre, después de jugar con ella un rato, la había vestido, maquillado y peinado para la ocasión. Hizo la cama y había arreglado todos los detalles de la estancia para que esa foto que sacaría llegado el momento y que guardaría como trofeo junto con las demás que ya tenía, fuera perfecta.

Sabía que nadie lo sorprendería en su ritual, pues ya se había encargado de averiguar la situación de su víctima en los días de cortejo previo, como él denominaba el periodo que comprendía su presentación y acercamiento con las ancianas hasta el momento del ataque. Como acostumbraba, había entrado al domicilio de su víctima de forma pacífica. Su aspecto agradable, su refinada educación y su palabrería le ayudaban a coger rápida confianza con ellas cuando las conocía, en los parques o la salida de los mercados, hasta el punto de que era invitado por ellas mismas a su propia casa para que les echara una mano en cualquier cosa que necesitaran. Arreglar una puerta, poner un grifo, calibrar la antena de la tele y ese tipo de trabajos que, a aquellas mujeres, por edad y soledad, se les escapaba.

El hombre del semblante impertérrito agarró con firmeza la cámara que guardaba en el compartimento interior de su bolso de trabajo. Y antes de tomar la imagen que representaría su trofeo, recordó, con odio en la mirada, la escena que marcó su personalidad y que cada vez que conseguía emular, a fuerza de asesinatos, aliviaba un poco su profundo dolor interno.

Julio de 1967

Una oscura habitación era testigo de cómo la locura, la desaprensión y la maldad, teñían de amargura lo que debería ser un hogar. Un hombre corpulento, con los ojos inyectados en sangre y alcohol, no dejaba de gritar a una mujer que se encontraba tirada en el lecho conyugal, agarrándose fuerte la cara con las manos. La sangre y las lágrimas brotaban a partes iguales por su rostro. La mujer lucía arreglada como si para un día de boda se tratase; maquillada, peinada y ataviada con un elegante vestido de gasa verde. El hombre se encontraba descamisado. Portando tan solo el pantalón de lo que parecía ser un traje gris. Agarraba con ahínco una botella de orujo de Liébana. Y, cuando no estaba bebiendo de ella, escupía palabras con odio y desprecio.

—¡Eres una golfa!

Tan solo los lloros de la mujer osaban interrumpirlo en aquella habitación.

—¿Has disfrutado contoneándote como una zorra para que todos te miraran, so puta?

El puñetazo en las costillas dolió como una coz de astado.

—Yo... solo quería bailar contigo, cariño —contestó ella temblando.

—¡Te he dicho que no repliques! ¡Furcia!

De nuevo otro golpe impactó en la mujer, esta vez en la cabeza, a la altura de la sien. En el mismo momento, la mujer dejó de moverse.

En una esquina de la habitación, un testigo forzado de la cruel escena contemplaba con angustia lo que, pese a su corta edad, comenzaba a ser algo habitual para él. Se encontraba sentado en el piso, agarrando, con toda la fuerza que el pánico le permitía, sus piernas con los brazos. Acercando a su vez, sus rodillas al máximo a su barbilla. La san-

gre, síntoma de que intentó mediar en la locura de su padre, fluía, como otras tantas veces, de su nariz.

El hombre descamisado y alcoholizado, al ver que su mujer había perdido el sentido, decidió dar media vuelta y abandonar la estancia, no sin antes hacer un ostentoso amago con la mano a su propio hijo a modo de amenaza.

—Y tú... ¿qué coño miras, saco de mierda? —balbuceó con rabia el borracho antes de dar un tremendo portazo que hizo estremecerse al pequeño.

Pasado un rato el niño se levantó y fue a atender a su madre. Nunca antes había estado tanto tiempo sin moverse, y con miedo se acercó a ella. La mujer continuaba inmóvil. Con todo el cuidado que su urgencia le permitía, movió el cuerpo inerte de su madre para descubrir que no respiraba. En la oscuridad de la habitación, que solo se veía alterada por la luz del alba filtrada por las rendijas de la vieja persiana que la custodiaba, el niño descubrió que la persona que más quería en el mundo ya no podría continuar en él. Pese al dolor que eso le producía, y aunque entendiese que su vida iba a cambiar por completo, casi se sintió aliviado. «Él ya no podría dañarla más», pensó, mientras un mar de lágrimas ahogadas en rabia le inundó el rostro.

Con cuidado la enderezó para colocarla. Pese a los golpes que había recibido, a él le seguía pareciendo un ángel. «Se había puesto tan guapa ese día. Había brillado con esa luz que la hacía tan especial en la boda de su primo a la que habían asistido», se repetía una y otra vez para sí, mientras la abrazaba con todas sus fuerzas.

Miles de pensamientos lo aturdieron mientras la observaba, apoyada contra la almohada como si de una muñeca se tratara, hasta que, después de un rato que no consiguió ubicar en el tiempo, se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla, comprobando que el cuerpo ya estaba frío y se despidió con un seco: «Adiós, mamá».

El joven salió al pasillo con paso decidido. Como otras tantas veces, sabía que su padre estaría tirado en el sillón del salón «durmiendo la mona» como apodaba a ese lapso somnoliento su recién fallecida madre.

Con el mayor de los sigilos se acercó a la sala y espió a su progenitor. Como había predicho, el hombre, aún desca-misado y con la expresión rota por el alcohol y el cansancio acumulado, estaba literalmente tirado en el sofá. Con la botella caída al lado y los pantalones manchados por su propio orín.

No perdió demasiado tiempo el joven en alejarse de ahí. Entendía que en ese estado su padre no estaba ya para presentar demasiada batalla, pero era consciente que, si deseaba que su propósito le saliese bien, no podría descuidarse. Tenía un objetivo marcado que iba a luchar por conseguir hasta el final.

Entró a la cocina con una inusitada fuerza que hasta ese momento desconocía, pero que lo obligaba a continuar hacia su objetivo. Sabía lo que buscaba. El cuchillo jamonero de su padre. Hacía tiempo que, por si acaso algún día se veía con la suficiente fuerza y el valor necesario, había estudiado los utensilios de la casa que podrían ser utilizados como arma y llegó a la conclusión de que aquel cuchillo, siempre tan afilado, era la mejor opción.

Como de costumbre, tanto el cuchillo de cortar jamón como la propia pieza de carne se encontraban en las baldas superiores del mueble de la cocina. Su padre tenía la mala costumbre de decidir y gobernar quién y cuándo podía acceder a las cosas en aquella casa. Se esquiló como pudo, desde una banqueta que se tambaleaba tan solo con mirarla, hasta subirse en la encimera, antes blanca, ahora beis por el humo del guisar y el fumar cerca de ella durante muchos años, y, una vez de rodillas en el mármol, se estiró cuanto pudo hasta que sus dedos sintieron la madera que albergaba el jamón y en la que le esperaba su futuro mejor amigo afilado. Durante cerca de un minuto y por más que lo intentó, no consiguió traer hacia sí el jamonero. Su padre lo escondía siempre al fondo para evitarlo. Una gota de sudor cayó por su frente. Era consciente de que, si su padre despertaba de su ebrio letargo y lo sorprendía ahí, la paliza sería terrible. De repente, y sin esperarlo, el jamonero se volcó con fuerza y el joven tuvo que esquivar todo el set

«tipical spanish» que se le venía encima. Por fortuna, lo consiguió.

Contuvo la respiración en los instantes posteriores, temiendo que el estruendo hubiese despertado a su padre, pero tan solo se escuchó un gemido borracho en babas procedente del salón. Guardó todo el silencio que pudo hasta que, disipado el mayor peligro, bajó a toda prisa de la encimera, agarrando con fuerza el cuchillo y se acercó a terminar su trabajo.

Antes de acometer contra su padre, el joven sopesó durante unos segundos si prefería hacerlo desde detrás o a la cara, pero en seguida obtuvo una satisfacción en forma de su primera erección ante el pensamiento de ver la cara que aquel pobre diablo pondría al abandonar este mundo. No tuvo dudas.

El hombre corpulento, vencido por el orujo, no representó oposición ninguna. El corte en la garganta fue rápido, profundo y mortal. La sangre manaba con la misma rabia que le había empujado a él a hacerla salir del cuerpo del otro. Los ojos reflejaban sorpresa, dolor y clemencia. Las manos en el cuello poco pudieron hacer para evitar una muerte segura y fue solo cuestión de segundos que aquel cuerpo, que se contoneaba al son de una mortuoria danza, dejara de moverse.

El joven lo observó durante unos segundos. Clavando su mirada en la del otro. Su rostro no reflejaba absolutamente nada. El odio y la rabia habían desaparecido y tras ellos llegó un sentimiento de placer que, aunque fue la primera vez que lo sintió en su corta vida de diez años, lo acompañaría el resto de ella.

A partir de ahí, un baile de orfanatos y familias de adopción lo custodió mientras crecían tanto su cuerpo, su mente, como sus ansias de matar. Siempre a las mismas víctimas. Por un lado, borrachos a los que torturaba de las formas más crueles que podía y, por otro, a ancianas que no ofrecían demasiada oposición. Siempre con el mismo modus operandi, llegar a conseguir prepararlo todo para ho-

menajear a su madre en el lecho de muerte. Siempre con el mismo odio hacia su padre...

2

Nueve cuarenta y cinco

El subcomisario Marcos Márquez conducía acelerado por las calles de Santander. Cruzaba el paseo De Pereda nervioso, sabedor de la importancia del asunto que le había hecho abandonar su puesto en la comisaría de la ciudad. La mujer de sus sueños, la que nunca consiguió por más que intentó, el hombro en el que se había apoyado en la distancia durante los últimos diez años, requería su ayuda y, por más que hubiera otros asuntos importantes que tratar, desde el mismo momento que escuchó la voz de la mujer de hielo, como la llamaba entre el cariño y la rabia de no haberla conseguido nunca, supo que no podría concentrarse en nada más hasta que se encontrase con ella.

Mientras se dirigía al punto de encuentro, cruzando la avenida de Reina Victoria y su frondoso tejado de árboles, examinó mentalmente la breve conversación que había tenido con Rebeca Pereira hacía escasos quince minutos, intentando encontrar algún detalle que se le hubiese escapado:

—Subcomisario Marcos Márquez, diga —respondió sentado a la mesa de su despacho, mientras tomaba una taza de café.

—Necesito verte. —El policía supo al instante que se trataba de ella—. Estoy en la ciudad.

—De acuerdo. —acertó a responder tan solo él.

—Me hospedo en el hotel Santemar. Pregunta por mí en la recepción. Es importante...

Sin más tiempo para la conversación, la línea se interrumpió y Marcos sintió que aquel era uno de esos días en los que todo cambiaba de repente. Colgó el auricular y